

XLIX

Aquella misma noche, sir Gardiner contó, palabra por palabra, á la señorita Bérard su conversación con el director de la Grande Roquette.

Después de haberle escuchado con atención, le dijo:

—Es un fracaso más que tenemos que añadir á los ya recibidos... Pero, en medio de todo, podemos felicitarnos de haber tropezado con un hombre que no nos venderá. Su honradez es para nosotros una garantía que nos permite al mismo tiempo creer en la sinceridad de los consejos que le ha dado á usted.

—¿Se propone usted seguirlos?

—Sí... creo, como él, que debemos renunciar en Francia á toda tentativa de evasión, no comprometernos y saber esperar... Instintivamente, por intuición, pensaba yo lo mismo hace tiempo, y el parecer de un hombre entendido, práctico y de buena fe, me afirma en esa idea.

—De modo que, para poner en práctica nuestros proyectos, debemos esperar á que su padre de usted esté en Caledonia, en Noumea, en el presidio... ¡Qué lentitud!

—Sí, muy lento, excesivamente lento para él, para mí y...

—Y para mí también... Puede usted decirlo.

—Lo digo, amigo mío, sin temor de equivocarme— dijo alargándole la mano.

Sir Gardiner repuso al poco rato:

—¿Ha pensado usted en las fatigas, las privaciones, los sufrimientos de toda clase que su padre de usted va á padecer durante su largo viaje?

—Sí, lo he pensado. Lo pienso sin cesar, y esa idea me atormenta de antemano... Pero lo hemos intentado todo; hemos procurado por todos los medios evitarle aquel martirio... Conformémonos valerosamente, como él sabrá conformarse. Durante la travesía, en su desesperación, tendrá cuando menos el consuelo de decirse que seguimos velando sobre él, que nuestros corazones están con él, y que la hora de su libertad se acerca.

Se detuvo de pronto, y dijo mirándole:

—¿Por qué no contesta usted? ¿Ha perdido usted ya la esperanza?

—¡Oh, no! ¡eso nunca!... Pero he perdido el derecho de manifestarla... ¡He sido tan torpe hasta ahora!— añadió suspirando.

—Pero ya no volverá usted á serlo, porque seguirá el consejo que le acaban de dar: trabajará usted mismo.

—Puede ser... ¿De modo que partimos?

—Sí partiremos el día en que mi padre salga de París.

—Me he informado; deben mandarle primero á La Rochelle y á la isla de Ré... De ahí salen ahora las cuerdas de presos... ¿Probablemente querrá usted hacer el mismo viaje, seguirle lo más cerca posible?

—No. Llamaríamos la atención... lo cual podría después entorpecer nuestros proyectos... No debemos cometer esa imprudencia... Pienso despedirme de él en París, para no volverle á ver hasta allá.

—¡Ah! ¿Allá no más?

—Sí... He meditado mucho con respecto á ese viaje, y voy á decirle á usted lo que propongo...

—Veamos, veamos—dijo Gardiner acercándose á ella.

—Quisiera llegar á Noumea antes que el buque que lleve á mi padre... ocultar á todo el mundo que soy hija de un presidiario... pasar por hermana de usted, ó por su mujer, importa poco... Establecernos en el país... Estudiar sigilosamente el presidio... Fijar con usted un plan de evasión, adoptarlo y emprenderlo tan pronto como llegue mi padre.

—Corriente: su idea de usted me parece excelente... Pero ¿cómo vamos á ir á Noumea? ¿Como pasajeros en uno de los vapores que hacen el viaje de?...

—¿Por qué?...—dijo la joven interrumpiéndole.—¿No tiene usted acaso un buque á su disposición?... Su yacht.

—Sí por cierto... En este momento está en el Havre.

—Pues bien; me embarcaré en el yacht.

—¡Ah! consiente usted...

—Sin duda alguna... ¿Qué tengo que temer al lado de usted?... ¿No le ha encargado á usted mi padre que vele sobre mí? ¿No le ha dicho: «Se la confío á usted... La coloco bajo la salvaguardia de su honor?» Yo tengo en usted la misma confianza que en mi pa-

dre, y le digo, como él: La gente pensará lo que quiera... ¡Qué nos importa! Nuestra conciencia debe despreciar esas calumnias.

—¡Ah!—exclamó sir Gardiner entusiasmado,—¡qué noble es usted y qué feliz soy de poder sacrificarme por usted!

En una larga conversación, fijaron todos los detalles del viaje proyectado: darían orden inmediatamente al capitán del yacht de dirigirse á Marsella y de esperar allí á sus pasajeros. Algunas semanas serían suficientes para ir á Nueva-Caledonia por el canal de Suez. La señorita Bérard y sir Gardiner conseguirían de ese modo llegar mucho antes que el buque del Estado, que por lo regular sigue las costas de Africa y dobla el Cabo de Buena Esperanza. Tiempo que emplearían en estudiar el país, en hacer un plan de evasión y en combinarlo todo para alcanzar el éxito en su empresa.

Un día, sir Gardiner, que tenía relaciones en el Ministerio del Interior, supo que un convoy de presos iba á salir al día siguiente de la Grande-Roquette con destino al punto de embarque. Avisó inmediatamente á la señorita Bérard.

L

La puerta de entrada de la Grande-Roquette acaba de abrirse; puerta fúnebre que sólo da paso al acompañamiento de los condenados á muerte, en los días de ejecución, y á los carruajes de la administración penitenciaria.

Las rejas se han abierto ante uno de esos carruajes para volverse á cerrar en seguida. La movable cárcel destinada á los presos que deben ser trasladados de una á otra prisión, viene hoy á buscar á los presidiarios que esperan, hace algunas semanas, su salida para Nueva-Caledonia.

Un hombre baja del coche. Es el jefe del convoy, aquel á quien están confiados los presos, el que responde de ellos y que debe llevarlos hasta el punto de destino.

Se presenta en el registro, para cumplir con las formalidades de costumbre, dar recibo y tomar la hoja de entrega, como si fueran mercancías.

En el patio en que, en este instante, están reunidos los presos reina cierta agitación. En las cárceles, todo cuanto viene á romper la monotonía de la vida adquiere grandes proporciones; se conmueven por el

más pequeño acontecimiento, se apasionan por la cosa más sencilla. Desde el día anterior saben que los presidiarios van á abandonar el depósito, y todos se agitan á su alrededor. Son los héroes del día. Los miran con enternecimiento, les dan apretones de manos al pasar, á veces los rodean, pues la vigilancia de los guardas disminuye un tanto en aquellos momentos solemnes. Les dan recados para el presidio, en que la mayor parte de los presos tienen un pariente ó un amigo.

Después, llamados por el jefe de los guardas, los presidiarios salen del patio, saludados con vivas, que no se pueden reprimir, agitando ellos también sus gorros y gritando: «¡Viva Caledonia! ¡En marcha para las colonias!»

Cuando ya no los ven sus compañeros, esa alegría desaparece. Es que ha llegado la hora del último adiós á la madre, á los hijos, á la mujer, á la querida.

Despedida desgarradora: esos miserables son á veces más llorados que los hombres honrados.

.....
 En un rincón del registro, Bérard está sentado junto á su hija. Hablan los dos en voz baja, con las manos estrechadas y con gruesas lágrimas en los ojos.

¡Haber vivido tantos años juntos y separarse de ese modo! ¡Y sin embargo era tan feliz, al verla crecer en hermosura y en inteligencia, al seguir sus primeros pasos en la vida, al ver subir por el horizonte aquel hermoso sol! ¡Y ella, que había pensado siempre: «Si me caso, viviré á su lado, no me separaré nunca de él,

cuidaré de su vejez y le rodearé de tanto cariño que no notará que envejece!»

¡Y van á separar á esos dos seres que tienen un mismo corazón!

—No, no, no nos separan—murmuró la joven á su oído...—No te apartas de mí; permanezco á tu lado, como tú permaneces al mío... Serás mi único pensamiento y el tuyo me seguirá por todas partes; ¿no es verdad, padre mío, padre adorado?

—Sí sí—contestó...—Olvidaré los sufrimientos, las humillaciones, todo lo olvidaré para no acordarme más que de tí, para vivir sólo con tu recuerdo... No me compadezcas, no me llores... No puedo ser desgraciado teniendo el pensamiento fijo en tí.

.....

El jefe del convoy, con sus documentos en debida forma, ha salido del registro y está en el patio, junto al coche, con dos dependientes.

Le van trayendo los presidiarios uno tras de otro. Mira fijamente al preso, le registra de nuevo por última vez, manda que le pongan las esposas si el individuo le parece peligroso ó se lo han indicado como tal, luego le hace subir en el coche y le encierran en un departamento.

En el centro del patio, las mujeres, los viejos, los niños, lloran, se desconsuelan.

Del coche salen también gritos, sollozos, y á veces risas ó el estribillo de alguna canción obscena.

.....

.....

Cuando todos los presos han sido encerrados, el jefe del convoy mira su reloj. Sólo le queda una hora para llegar al ferrocarril de Orleans. Entonces se presenta en el registro para que le entreguen al presidiario Bérard.

LI

Por más que hubiera renunciado á toda tentativa de evasión, mientras que Bérard estuviese en Francia, sir Gardiner se había reservado el derecho de poner en juego su influencia para suavizar la suerte de su protegido. Siendo ahora más modesto en sus pretensiones, las conseguía: un ministro, cualquiera que sea, hace siempre aprecio de la prensa extranjera, cuenta siempre con los que la dirigen, y el ministro del Interior que había entonces quiso complacer á sir Hanley-Gardiner. Por orden suya, el jefe de la primera división, bajo cuya dependencia están todos los establecimientos penitenciarios, había dado instrucciones particulares á sus agentes con respecto á Juan Bérard. Ostensiblemente, el presidiario debía ser tratado como los demás; pero, secretamente, se le comunicó al jefe del convoy y á los directores de las cárceles que tuviesen para con él el mayor número de consideraciones posibles, y que le concedieran

algunos favores que, en su situación, habían de ser preciosos.

No contento con lo que había obtenido del ministro del Interior, el periodista americano había hecho una visita al ministro de Marina, quien, por su parte, había recomendado á Bérard al comandante del buque del Estado que debía llevar á Caledonia el convoy de presidiarios.

El jefe del convoy, á quien sus superiores inmediatos habían dado las instrucciones convenientes el día anterior, se adelantó sin demasiada brusquedad hacia su prisionero, y le dijo con tono casi cortés:

—Ya es hora de marchar... Estoy esperándole á usted.

La señorita Bérard fué la primera que se levantó. Quería dar á su padre el ejemplo de resignación y de valor. Le abrazó por última vez, le besó la frente, los ojos, las mejillas y la boca, ahogó, sus sollozos, enjugó sus lágrimas y, volviéndose hacia el jefe del convoy, le dijo:

—Estamos dispuestos, caballero.

El individuo, yendo delante como para indicarles el camino, salió del registro, entró en el pasillo y, volviendo á la izquierda, se dirigió al patio. Los dos le siguieron temblorosos, enlazados para sostenerse mutuamente. Al verlos pasar, el director se descubrió. Pudo creerse tal vez que saludaba á la señorita Bérard. Pero ¿no se inclinaba más bien secretamente, á pesar suyo, ante aquel presidiario cuya inocencia le parecía, si no cierta, cuando menos posible?

Y ellos seguían avanzando hacia el coche celular, en

medio de una doble fila de guardas, de vigilantes. Por un gran esfuerzo de voluntad, la jóven llevaba erguida la cabeza y miraba á su alrededor con tranquilidad, como si quisiera decir: «No me ruborizo, no me avergüenzo, no acompaño á un asesino; voy con orgullo al lado de un mártir.»

Y su actitud, su distinción, su soberana belleza, así como también la elevada estatura de Bérard, su cabeza en aquel momento descubierta, su frente ancha, sus cabellos blancos á fuerza de estudiar, las lágrimas que surcaban sus mejillas, impresionaban, conmovían á todos aquellos hombres, tan refractarios por lo regular al enternecimiento. Saludaban, como su jefe había saludado.

El jefe del convoy, junto al coche, con la mano puesta en la portezuela abierta, parecía esperar, no á un criminal, sino á un viajero.

Todos esperaban presenciar una escena de despedida desgarradora... Se equivocaban... El padre y la hija, no queriendo atraer sobre sí la atención de tanta gente, se habían besado por última vez en el registro.

De pronto, Bérard se volvió hacia Juana, la miró un instante, le cogió las manos, se las apretó con fuerza y, separándose de ella, subió al coche, que se puso en seguida en movimiento.

Se oyeron gritos, sollozos, risas, canciones é insultos.

Después, nada; las puertas de la Grande Roquette acababan de cerrarse.

Juana Bérard permanecía en el mismo sitio, en medio del patio, como si el coche hubiera estado aún

allí. Ni siquiera lo había seguido con la mirada. Su pensamiento, lo mismo que su cuerpo, estaba helado. No pensaba, no hablaba, no lloraba.

Entonces sir Gardiner apareció á la derecha, en la puerta de entrada. Por delicadeza se había quedado lejos de aquella escena. Pero, ahora que el otro había partido, venía á decir á la joven: «No está usted sola... Quedo yo... Aquí me tiene usted, á mí, á su amigo cariñoso... á mí, que la adoro...»

Tan pronto como apareció, le vió Juana.

Echó á andar lentamente; con la mirada fija en él, llegó y tomó su brazo.

Un carruaje les estaba esperando en la plaza. Montaron, y mientras el coche bajaba la calle de la Roquette y entraba en el boulevard Voltaire, la joven reclinó la cabeza sobre el hombro de sir Gardiner y lloró largo rato silenciosamente. Dichoso de sentirla así, junto á él, dominado por una especie de dulce voluptuosidad, algo pálido, con el corazón palpitante, sir Gardiner callaba también y la dejaba llorar.

.....
 Los preparativos estaban hechos, los baúles expedidos desde el día anterior. Siguiendo con exactitud el plan que habían trazado, tomaron á las siete de la noche el tren de Marsella.

LII

El otoño ha sustituido al verano. París vuelve á ver poco á poco á todos los que le abandonaron para correr por las playas y por las estaciones de baños. La estación de invierno se prepara: algunos salones se van abriendo, empiezan las invitaciones, los teatros anuncian los estrenos.

Y, á pesar de esto, la princesa Sofía Lavisine y el barón Carlos de Merieux están aún en Normandía, en los baños de Vaucotte.

Durante todo el verano, la princesa no ha ido ni una sola vez á París; todo el mundo cree que está en Rusia, y el príncipe Orsiloff, á quien varias personas preguntaban por la princesa, contestaba: «Se ha refugiado en sus tierras y no volverá aquí hasta que haya transcurrido el luto.»

En cuanto al barón de Merieux, hace mucho que ha renunciado á las ausencias calculadas y repentinas que tenían por objeto hacerse valer. Ahora desprecia esos ardides; tal vez se haya dejado coger en los lazos que él mismo había tendido; verle siempre junto á la princesa, no separándose nunca de ella, pudiera creérsele tan lleno de ternura como ella, embriagado de pasión.

Vaucotte, Yport y Etretat están desiertos: los bañistas han huido desde fines de Setiembre. En el valle sólo se ven aldeanos, y en la playa pescadores. Los dos amantes, no temiendo ya ser conocidos, han ensanchado el círculo de sus paseos. Se permiten hacer largas excursiones á pie por la playa, por el campo, por entre las rocas. Se pasean en el mar, montan á caballo y no vuelven sino por la noche para hacer una buena comida, que, si no es delicada, es abundante y nutritiva. Aquella vida al aire libre, aquella higiene bien practicada, renuevan su sangre, mantienen sus ardores: sus amores, antiguos ya, tienen aún todo el sabor, todo el entusiasmo de las primeras noches.

La princesa está conquistada, vencida por completo. No vive sino por él y para él. Es su amo, su Dios. Le pertenece en absoluto, puede hacer de ella lo que quiera. Si le da una orden, obedecerá sin titubear. Su orgullo de gran señora, de moscovita, de princesa, ha desaparecido. No se ha contentado el barón con atraérsela por el corazón, sino que ha recurrido también á su razón y hasta á sus intereses. A veces el amante desaparece para ceder el puesto al consejero, al amigo. Entre dos besos, le habla de negocios, le dicta una carta á un intendente, á un notario, á un agente de Bolsa, le indica un buen empleo para sus fondos; en una palabra, se va haciendo útil, indispensable. Él es el que lleva también el libro de los gastos comunes. Al principio, cada cual pretendía que los gastos de manutención eran de cuenta suya. Se decían uno á otro: «Estoy en mi casa, tú eres mi huésped.»

Como no podían ponerse de acuerdo sobre ese particular, han cedido mutuamente, se reparten todos los gastos y viven como marido y mujer bajo el régimen de la comunidad de bienes. Cada semana, cuando la sienta sobre sus rodillas y la obliga á echar una ojeada sobre el libro de cuentas, la princesa se asombra y exclama: «¡Cómo, no hemos gastado más que eso para vivir tan bien! Es la décima parte de lo que yo gastaba antes en tonterías, en menudencias... ¡Qué barata es la felicidad! ¡Cómo me enriqueces, alma mía!... Gracias á tí, voy acumulando millones: dentro de poco no voy á saber lo que hacer con ellos.»

—Pero yo sí lo sabré, decía interiormente el barón.

Eran tan felices, aquel final de otoño á orillas del mar tenía tantos atractivos, que no pensaban en moverse de allí.

—¿Por qué no pasamos aquí el invierno?—decía él con la boca puesta sobre el oído de la princesa.

Esta, encantada, estremecida, abrasada por su aliento, contestaba: «Sí, sí... Quedémonos aquí, quedémonos juntos, solos, siempre solos.»

Nunca había reinado entre dos amantes un acuerdo más perfecto; nunca se habían fundido tan completamente en uno solo dos temperamentos y dos corazones distintos; pero nunca estalló tampoco en un cielo tan puro una tempestad tan violenta y tan repentina. Por más que, si la princesa no la había visto aproximarse, el barón, astrónomo excelente, hubiera podido anunciarla con gran anticipación.

A fines de Octubre, una mañana, estando aún acostada Sofia Lavisine, el barón salió, según costumbre,

á dar una vuelta por el camino y á esperar la llegada del cartero. Cuando volvió, la encontró vestida con una bata, calentándose junto á un gran fuego de sarmientos.

—¡Cuánto has tardado!—dijo al verle.—¿No ha venido el cartero?

No contestó.

—¡Dios mío! ¿qué tienes?—exclamó.—Tu cara está descompuesta... ¿Has recibido malas noticias?

—No, no... No tengo nada, no tengo nada... Te engañas...

—Y yo te digo que te pasa algo. Nunca te he visto de ese modo... ¡Ah! quiero que me digas... ¿No contestas?... ¿Tienes secretos para mí?... ¿Puede haber secretos entre nosotros?

Se levantó, corrió hacia él, le cogió la cabeza con las dos manos y, después de haberle dado repetidos besos en la boca, le dijo:

—Habla. Quiero que hables.

No teniendo ya fuerza bastante para resistir á sus instancias, Merieux pronunció estas palabras:

—¡Estoy arruinado!

LIII

La princesa decía con asombro, cogiéndole las manos:

—¡Arruinado! ¿Cómo? ¿Qué ha sucedido?

Después de muchos ruegos, el barón de Merieux acabó diciendo: «¿Qué importaba? ¿A qué molestarla hablando de cosas desagradables, tratando de negocios, siendo así que podían hablar de amor?»

Pero Sofia insistió tanto, le apuró tanto, estuvo tan persuasiva, que el barón acabó por dejarse convencer.

«Había sido rico, muy rico en otro tiempo... Pero hacía bastante que ya no lo era... Antes de conocerla, y de amarla, había gastado su fortuna y su vida locamente para aturdirse, para ocupar su espíritu y su imaginación, no pudiendo ocupar su corazón, que no conocía el amor.

»El día en que la encontró, en que comprendió que se había fijado su existencia, que no debía seguir buscando el placer, puesto que había tropezado con la felicidad, aquel día sólo tenía quinientos mil francos.

»Por consejo de un amigo, colocó aquella cantidad en una empresa formal, excelente, según decían, que debía producir grandes beneficios, cerca de diez por

ciento, y constituirle de ese modo una renta de cincuenta mil francos anuales... Después se había marchado, encerrándose con ella en su querido retiro, lejos del mundo, lejos del ruido, lejos de las noticias, lejos de los negocios... Desgraciadamente, el que pudo haberle enriquecido había tenido mal éxito. Perdía no sólo su renta, sino también todo su capital.»

Y al mismo tiempo arrugaba una carta en la mano, y la enseñaba diciendo:

—Ya ve usted... No puedo hacerme ilusión alguna... La noticia es cierta... Me la dan en términos precisos y claros.

Un perito en caligrafía hubiera notado tal vez que la letra con que estaba escrita la carta se parecía mucho á la del barón de Merieux; pero la princesa Sofía no pensaba ni siquiera en echar una ojeada sobre el papel que le presentaba. Le bastaba saber lo que decía.

Cuando su amante acabó de decirlo todo, tomó la palabra á su vez.

—En todo eso—dijo,—no veo más que una sola cosa... Que, en vez de cuidar de sus negocios y de vigilarlos, ha venido usted á encerrarse aquí por amor hacia mí, y que, por lo tanto, yo tengo la culpa de su ruina.

—¡Usted! ¡Tú! ¡Ah, qué tontería!

—¡Es muy cierto!... Con mi egoísmo no le he dejado ni aun tiempo para pensar en sus intereses. Y cuando me acuerdo que se ocupaba usted de los míos... Sí, me daba usted consejos... Me hacía usted colocar mis fondos perfectamente... Me ha enriquecido

usted, mientras á usted le arruinaban... Pero no consiento que eso suceda... La pérdida que acaba usted de experimentar es asunto mío, mío exclusivamente.

—¡Cómo! No comprendo...

La princesa continuó, animándose cada vez más:

—Soy su amiga de usted, soy su hermana ante todo... Entre nosotros no puede haber falsa delicadeza... Déjeme usted que crea que yo soy la que he perdido esos quinientos mil francos por haberlos colocado mal... Permitame usted que reúna ese mal negocio con los buenos que he hecho este verano, gracias á usted... Compartamos de ese modo las pérdidas y los beneficios; nada más justo.

—¡Nunca!... ¡jamás!—exclamó el barón con voz firme.—Me molestaría usted, me ofendería usted si me dijese una sola palabra más sobre este particular... Mi dignidad no me permite seguir escuchando á usted... Entre amante y querida... dispénseme usted que use esos términos, me veo precisado... no debe tratarse nunca de dinero.

—¿Por qué? ¿No suele tratarse entre marido y mujer?

—¡Oh! es diferente... ¡Basta, por favor!... No me convencerá usted... Dejemos esto y hablemos de nosotros. La noticia desagradable que acabo de recibir me obliga á salir para París.

—Lo comprendo... Partamos.

—¡No, no! Si me acompañase usted, estaría con usted, siempre con usted, y descuidaría mis asuntos... Hoy no tengo ya derecho para cometer esa falta... Tengo que procurar salvar un resto del naufragio...

Quédese usted aquí, espéreme usted... No estaré mucho tiempo ausente... Sólo algunos días. No cambiaremos en lo más mínimo nuestros proyectos... París me entristecería en este momento, haría allí un triste papel... Déjeme usted que me acostumbre á mi pobreza.

—Sí, tienes razón—dijo la princesa, que no podía menos de admirar su juicio, su tranquilidad en la desgracia y su exquisita delicadeza.

Por la tarde, le acompañó hasta Fecamp, donde tomó el tren.

Se habían jurado escribirse todos los días, por la mañana, por la noche, á cada instante. Durante una semana, sus cartas se cruzaron sin interrupción; pero, una mañana, la princesa Sofia no recibió carta alguna.

Pasó un día horrible. Vaucotte le pareció triste, triste como la muerte. Mil temores asaltaban su mente.

Al día siguiente sucedió lo mismo. Mandó varios telegramas que no tuvieron contestación.

Entonces, no pudo más y se puso en camino para París.

En cuanto llegó, tomó un coche y se presentó en casa de Merieux.

—El señor barón no está en casa,—le dijo el criado.

—Pues le esperaré—contestó la princesa.

Y, despidiendo al ayuda de cámara con un gesto, entró en la sala.

Carlos de Merieux estaba sentado junto á la chimenea.

LIV

Se había levantado bruscamente, y de pie, apoyando las manos en el respaldo de una butaca, la miraba fijamente, inmóvil, sin correr á su encuentro.

La princesa se quedó también en el mismo sitio, admirada de aquel recibimiento, asustada.

Quería hablar, interrogarle, pero no podía. La contracción de su garganta no le dejaba emitir sonido alguno.

El barón rompió primero el silencio, pronunciando estas palabras, tristemente, como una reconvencción:

—¿Por qué ha venido usted?

Sofia hizo un esfuerzo, y, oprimida, jadeante, logró balbucear:

—¿Por qué he venido?... ¿Me preguntas por qué he venido?... ¡Tú!... ¡tú!... He venido porque no ibas... Porque me dejabas allí sola, sin escribirme, sin contestar á mis cartas ni á mis telegramas... ¡Ah! no podía seguir así... Me hubieras muerto... Salgo, llego y me dicen que no estás... ¿No querías recibirme?... ¿No me amas ya?

—¡Te adoro! ¡te adoro!—exclamó Merieux con voz apasionada, vibrante.

—¡Me adoras y me haces padecer tantol... ¡Me adoras y puedes vivir lejos de mí... No lo entiendo.

—En efecto, no puedes entenderlo—dijo el barón bajando la voz.—No puedes adivinar que soy un miserable.

—¡Un miserable!—repitió ella.—¡Un miserable, tú!

—¡Sí, un miserable... ó más bien un cobarde!... No sé soportar la miseria.

—¡La miseria, la miseria! Explicate: no veo, no...

—¿Para qué explicarme—repuso el barón con desanimación...—¿Me explico yo mismo, acaso, lo que me sucede?... Al llegar á París, fui á ver á la persona que se ocupa de mis negocios... No sólo he perdido todo cuanto poseo, sino que una operación de Bolsa que han hecho por cuenta mía, para desquitarme, según dicen, ha tenido mal resultado... Debo doscientos mil francos... Ayer me citaron á juicio, ¡á mí ¡á mí! Esa es mi situación... He corrido, he buscado, me he dirigido á mis amigos... He pedido, no dinero... no se pide prestado cuando se sabe que no se va á poder devolver... sino una posición, un destino cualquiera, que me permita vivir en París, no abandonarte, ser siempre tuyo, sólo tuyo... Hubiera vendido este hotel, estos muebles, hubiera pagado mis deudas y me hubiera puesto á trabajar... Sí, hubiera tenido valor para trabajar, con tal de conservarte... Hubiera alquilado una habitación modesta, á la que tú hubieras ido, como vienes aquí... Tu orgullo no se hubiera sublevado... Te conozco.

—Es verdad... ¿Qué más?

—¿Qué más?... que no he encontrado nada... En

todas partes me han contestado lo mismo... Las administraciones están invadidas... Hay veinte aspirantes para el mismo empleo... Las empresas más poderosas despiden en estos momentos á sus empleados. En la Bolsa no se hacen negocios... «Más adelante, tal vez—dicen,—pero no se fie usted.» ¡Más adelante!... ¡Más adelante!... ¿Cómo vivir hasta entónces? ¿Qué será de mí? Bajar, caer, después de haber vivido como yo he vivido... Oír decir de mí: «El barón de Merieux, ¿se acuerda usted? aquel barón de Merieux de quien se hablaba tanto, que desplegaba tanta elegancia y tanto lujo, pues bien, se ha arruinado, está arruinado por completo. Vive en un hotel de último orden, le he visto entrar ayer en un restaurant de infima clase... ¡Eso no, no! No puedo acostumbrarme á la idea de que se rían de mí, de que me compadezcan, á mí, á quien admiraban, á quien envidiaban en otro tiempo... Será orgullo, será vanidad... estúpida. Pero así es... Entónces...

—Entónces ¿qué?—preguntó la princesa asustada.

El barón bajó la cabeza y murmuró:

—Entónces, pensé en matarme.

—¡Matarte!... ¡matarte!...

—Tranquílcese usted...—contestó en seguida.—He renunciado á esa idea... Ni siquiera tengo valor bastante para matarme.

Y, como ella le miraba con espanto, le cogió bruscamente las manos y prosiguió:

—No te asustes... ¿Te hablaría acaso de suicidio, si no hubiera renunciado á ejecutarlo?... Se hacen ciertas cosas, pero no se dicen... Y no obstante, mi reso-

lución estaba tomada... El día estaba fijado... Tenía arreglados todos mis asuntos... Había escrito á todos mis amigos... A todo el mundo, menos á ti.

—¡Menos á mí!

—Sí, sí...—dijo con exaltación.—A tí, me hubiera sido imposible abandonarte sin volverte á ver, sin oprimirte por última vez sobre mi pecho, sobre mi corazón... Hubiera ido á reunirme contigo allá... Te hubiera explicado mi larga ausencia y mi silencio, lo mejor que hubiera podido... Te hubiera dicho que mis asuntos estaban arreglados... Hubiera fingido estar alegre, risueño, tranquilo... No hubieras podido sospechar mis proyectos... Y, durante dos ó tres días, tal vez una semana... ¡oh, sí, una semana!... te hubiera amado más quizá, si fuera posible, que lo que te he amado hasta ahora... Sí, sí, ¿qué quieres?... Era una idea loca, culpable de seguro, una coquetería de moribundo... Quería que me echaras de menos, que me lloraras... Quería... ¿qué sé yo lo que quería? No quería despedirme de la vida sino harto de amor y de voluptuosidad... Tal vez no hubiera tenido necesidad de matarme... ¡Hubiera muerto en tus brazos!

LV

La princesa le escuchaba temblorosa, con la mirada candente fija en él, con la boca entreabierta, palpitante. Hubiera querido gritarle: «Cómo hablar de morir, tú que sabes amar tan bien! ¡tú, el amante más completo que hay en el mundo! ¿Qué dices de pobreza y de miseria? ¿No tengo yo millones para los dos? La décima parte de mi fortuna te haría ser más rico de lo que has sido... ¿No puedes aceptar lo que proceda de mí?... Me amas, no debes pensar en nada... La pasión que experimentamos lo excusa todo, todo lo purifica.

Pero no se atrevía. Temía disgustarle, ofenderle, alejarle de ella. ¡Su negativa había sido tan clara, tan precisa, tan franca, el día en que se había permitido hacerle ofrecimientos! Tal vez se indignara y le dijera: «¡Vete, vete!... no quiero oírte... Tu riqueza insulta á mi pobreza... ¡No quiero volver á verte!»

Temblaba al pensarlo.

Y él, enardeciéndola con la mirada, después de haberla enardecido con sus palabras, callaba para observarla mejor y adivinaba lo que pasaba en su interior.

Al poco rato, repuso con voz brusca:

—Ya lo he dicho... He renunciado al suicidio... ¿Por qué?... ¿Por cobardía, por temor quizá?... Puede ser... Me he batido en desafío diez veces sin la menor debilidad... He encontrado á menudo adversarios peligrosos... Arriesgaba mi vida, y no temblaba... Pues bien, he titubeado, he retrocedido ante la idea de colocarme una pistola en el pecho y disparar... Pero no quiero parecer más tímido de lo que soy... Tal vez haya sido porque he pensado en usted... me he compadecido de usted... Veía su desesperación... Me decía que aquella muerte violenta, brutal, le dejaría un recuerdo ingrato que amargaría su vida, atormentaría su pensamiento, y que nuestros amores debían tener un desenlace menos trágico.

—¡Un desenlace!—exclamó la princesa.—¿Qué desenlace?... ¿Admites... puedes admitir?...

Merieux bajó la cabeza y calló, pero ella se arrojó sobre él gritando:

—Habla, habla. Lo quiero, lo exijo.

—No, no. No hablaré. No hablaré. No me atrevo, no me atrevo. Te escribiré... Iba á escribirte cuando has entrado... ¡Ah! ¿para qué has venido?

—No quiero esperar tu carta—repuso la princesa.—Quiero que me lo digas... Te lo suplico.

—Pues bien, corriente—dijo él de pronto.—Es preferible acabar de una vez... Te destrozaré el corazón, pero no podrás sufrir más que yo.

—¡Dios mío! ¿De qué se trata?—murmuró Sofía dejándose caer en una butaca, desconsolada, con los ojos fijos en él.

Y éste, de pie, apoyado contra el mármol de la chimenea, balbuceó tímidamente:

—He confesado á usted que me había dirigido á varios amigos míos con la esperanza de conseguir un empleo cualquiera, y que me habían desengañado... Hace dos días, me acordé de un pariente mío... Es rico, de gran posición, recibe á mucha gente y conoce á todo. París... Después de haberme escuchado con atención, me dijo: «No comprendo, en verdad, querido amigo, que te desesperes tan pronto. Eres joven aún, de aspecto simpático. Eres de antigua nobleza, tienes un título muy apreciable y un apellido que ha dejado recuerdos en la historia... Pues bien, en Francia hay un cúmulo de ricas herederas que se apresurarán á traerte un dote considerable... Estás arruinado; cástate.»

—¡Casarte! ¡casarte!—exclamó la princesa irguiéndose de pronto.

—Déjeme usted continuar—repuso el barón gravemente.

Sofía se dejó caer de nuevo en la butaca y escuchó.

—Me indigné como usted... interiormente, se entiendo, porque no podía contar á mi primo los motivos que tenía para que la idea de matrimonio me indignase... Le dije sólo que no quería casarme... Entonces, mi pariente se volvió más persuasivo, más entusiasta... «Rechazas mi idea—dijo,—porque te parece vaga, indefinida... Te digo: Encontrarás cien herederas, y no te indico ninguna... ¿Has olvidado, acaso, aquella joven que encontraste el invierno pasado en mis reuniones de los lunes?... Es huérfana, libre de disponer de su mano y tiene cinco millones... ¿No te

acuerdas de la impresión que le hiciste?... Te ama, estoy seguro... Ya sabes que lo entiendo... Desde entonces no se ha casado, y no tendrás, de fijo, más que decir una sola palabra...»

La princesa se arrojó sobre él, le cogió los brazos gritando:

—¿Has pronunciado esa palabra? Di, ¿la has pronunciado?

LVI

No contestó á aquella pregunta, á aquel grito.

Entonces, sin soltarle los brazos, mirándole frente á frente, con la cara junta á la suya, la princesa repitió:

—¿Has pronunciado esa palabra que le autorizaba para casarte? ¿Te has atrevido á pronunciarla?

El barón pareció titubear y murmuró:

—Sí, la he pronunciado.

—¡Ahl ¡es infame!—exclamó alejándose de él.

Merieux se acercó á ella, y, cogiéndole á su vez las manos, le dijo:

—¡Infame! ¿Por qué? ¿Qué te importa que yo me case? No podemos ya vivir juntos... Nuestras relaciones han terminado... Nuestros amores han muerto.

—¡Muertol ¿Por qué han muerto?

—No puedo seguir siendo tu amante... No tengo derecho para serlo... El honor me manda que me separe de tí.

—¿Por qué? repitió ella.

—¡Cómo! ¿No comprendes que mi pobreza no me permite ser el amante de una mujer rica como tú?... Habría entre nosotros demasiada distancia... Si nuestras relaciones llegasen á conocerse... y, desgraciadamente, todo se llega á saber... podrían suponer... ¡Hay hombres que aceptan situaciones infames, deshonorosas!.. ¡Ahl ¡si llegasen á tener de mí semejante ideal... Y pudieran tenerla... En nuestra sociedad no se admite que la querida sea rica y el amante pobre... Esas desigualdades de fortuna provocan malos pensamientos... No quiero que la calumnia se cebe en mí... Ya que no me queda más que el honor, déjame que lo conserve.

La dejó, se arrojó en una butaca como anonadado, y, antes de que ella pudiese hablar, con voz profundamente triste, sin mirarla, con la cabeza baja, repuso:

—Sí, me caso... Es preciso... Puesto que no me mato, no puedo pasar por otro punto... El nombre que llevo me exige deberes... No pensaba en ello, me lo han recordado. No tengo derecho de aceptar ciertos empleos, de vivir miserablemente, de inspirar compasión... Y, además, no temo repetirlo, me asusta la miseria. Es mala consejera, puede arrastrar á cometer errores, faltas... Puede enpequeñecerme moralmente, como me enpequeñece bajo el punto de vista material.

La princesa quiso protestar, pero no le dió tiempo.

—Ayer me hablaban—continuó—de un hombre á quien he conocido en la misma situación que yo, elegante, bien nacido, de gran posición, miembro de varios círculos, gran jugador... Ha perdido toda su fortuna al baccarat... Hoy, con el rostro demacrado, pálido, mal vestido, se compromete en círculos de baja estofa, en tugurios... Juega, y sigue jugando, para tratar de ganar un luis, un duro... ¡Claro, tiene que vivir!... Pues bien; yo no me rebajaré hasta ese extremo... No quiero... No quiero... El matrimonio es mi salvación... Me caso descorazonado, por precisión, por deber, sin amor... ¿Podría amarla, acaso? ¿No estarás tú siempre entre ella y yo? Los recuerdos abrasadores del año que acaba de transcurrir no me permitirán jamás que quiera á otra mujer. Esos recuerdos me unen, me atan contigo para toda la vida... Lo sé, lo conozco... A su lado, no pensaré más que en tí, no veré más que á tí... Mi vida pasará junto á ella; pero mi pensamiento, mi corazón, mi alma estarán siempre en esta casa en que tan felices hemos sido, y allá, allá, en aquel nido querido que ya no volveremos á ver los dos juntos.

Se levantó de repente, y continuó, paseando por la sala:

—Es un martirio, un martirio al que me condeno... Martirio de cada hora, de cada instante... Vivir con la que no se ama, cuando se quiere á otra mujer... Ser amado y no amar... Hacer desgraciado á un ser que nada malo nos ha hecho... Porque tendrá que notar mi indiferencia, mi desvío al devolverle sus caricias... Seré su marido, pero no seré su amante... Será mi

mujer, pero no será mi querida... Y, sin embargo, es joven, muy joven, es linda... Sí, lo recuerdo... Su amor me conmovió... Pero entonces no pensaba en casarme... Y, además, hacía pocos días que te había encontrado... No te quería aún, pero te deseaba ardientemente... Para mí eras, si no la más linda, la más apetecible de las mujeres... Bien te lo he demostrado después... Mi pasión no se ha amortiguado ni un instante... Es más ardiente tal vez, más loca que el primer día... ¡Creo que te hubiera amado así hasta la muerte!

Se había parado al decir estas palabras, y la miraba fijamente. De pronto, como si sus recuerdos le hicieran olvidar todas sus resoluciones, como si estuviera dominado por un furor loco, se llegó á ella, la estrechó en sus brazos, juntó su cuerpo con el suyo, buscó y encontró sus labios.

La princesa no tuvo fuerzas para resistir. Sus nervios sobreexcitados por aquella larga escena, sus deseos contenidos hacía ya ocho días, su materia, triunfaron de su amor y de su dignidad heridos. Sin protesta, sin resistencia, maquinalmente, volvió á ser su querida.

Pero como, ahora, sentado lejos de ella, con el cuerpo inclinado, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, callaba y parecía pesaroso de no haber podido dominar su pasión, Sofía, delirante, fuera de sí, corrió hacia él y, cayendo á sus pies,

—¿Por qué, en vez de casarte con ella, no te casas conmigo?—exclamó.

LVII

Por fin, la había llevado adonde quería llevarla. Había representado su papel con tanto talento, tanta convicción y tanto ardor, que triunfaba ya. La comedia de que era principal intérprete, muy bien concebida, muy bien arreglada, sembrada de situaciones conmovedoras, llegaba al desenlace previsto de todas las comedias: el matrimonio. Y ese matrimonio, al contrario de lo que se acostumbraba, se lo ofrecían. No era él el que pedía la mano de la novia; era la novia la que se le anticipaba.

Para no salirse de su papel, fingió la mayor sorpresa.

—¡Casarme con usted!...—repetía.—¡Casarme con usted!... No habla usted con formalidad.

—Muy formalmente... No es la primera vez que esa idea se me ha ocurrido.

—Es una locura... No permitiré que la cometa usted.

—¿Qué locura hay en que, una vez terminado mi luto, me case con un hombre honrado á quien amo?

—Olvida usted, querida mía, que se llama princesa Lavisine... Está usted emparentada con las familias

más altas, y yo no soy más que el barón de Merieux.

—Pues bien, después de haberme llamado princesa, seré baronesa... El título de barón, cuando es antiguo, vale tanto como el de príncipe... y príncipe ruso, que ha sido tan prodigado... Y además, ¿qué me importa? Llevaré su nombre de usted con más orgullo que cualquier otro título.

—Desgraciadamente, no sólo es usted la princesa Lavisine... Tiene usted también una fortuna considerable... Todo el mundo lo sabe... Ascende á más de cincuenta millones.

—¿Y qué? ¿Qué importa la cifra?

—Mucho. Al casarme con usted, pasaría por ser un especulador... Dirán de mí, de mí, que no he sabido nunca calcular: «¡Qué bien entiende los negocios!»

La princesa Sofía iba á contestarle, más no se atrevió, temió ofenderle. Pero él la comprendió y repuso:

—Sí, ya sé... Adivino lo que quiere usted decirme... No se me escapa ninguno de sus pensamientos... Se extraña usted de mis escrúpulos con respecto á usted, siendo así que estoy pensando en casarme con una heredera de cinco millones. ¿Es eso, no es verdad?

La princesa calló.

—Pues bien, permítame usted que le haga observar que ese matrimonio no tiene semejanza alguna con el que usted me propone... La joven de que se trata pertenece á una familia honrada, y nada más que honrada, sin pasado, sin alianzas... Su fortuna ha sido adquirida en los negocios, por un padre inteligente, y nada más... Me traerá un dote, bien. Pero yo

le llevo un nombre, un título, una posición... Le abro de par en par los mejores salones de París... Podrá ser recibida en todas partes... Entre nosotros dos, no hay más que un cambio de bienes. Mi dote, aunque por completo moral, vale tanto como la suya, que no es más que material... Hará un negocio tan bueno como yo; la sociedad lo comprenderá así y lo aprobará.

Sofía se acercó á él y, cogiéndole las manos, que apretó convulsivamente, le dijo:

—¿De modo que no quieres?

—No puedo—contestó.

—¿Y vas á casarte con ella?—exclamó la princesa con voz vibrante, con mirada ardiente.

El momento de la escena culminante había llegado.

Cerró los ojos, como si no pudiera sostener su mirada, y, cayendo sobre una butaca, dijo:

—No, no me casaré con ella... Ya no puedo, ya no puedo... después de lo que acabas de decir, después de lo que acabas de hacer... Nunca he dudado de tu amor; pero no creía fuera tan grande, tan profundo, tan verdadero, tan generoso... Me amas hasta el punto de sacrificar tu nombre, tu gran posición... hasta el punto de querer compartir conmigo todas tus riquezas... ¿Y yo te abandonaré, y yo me separaré de tí, y yo consentiré en perder un amor como el tuyo?... No... no... Constituye mi orgullo y mi alegría... Consiento en todo con tal de conservarlo... En todas las privaciones... ¿lo oyes?... en todos los sufrimientos materiales y morales... Pero, lo conozco, seguro de tu amor, fortalecido por esa seguridad... no podré sufrir...

¿Lo oyes, lo oyes?... Nada ha variado... Volveremos allá ó nos quedaremos aquí, como quieras... Olvida todo cuanto te he dicho... Te pertenezco hasta la muerte... hasta la muerte... Tu amor ha vencido todos mis escrúpulos, todo mi orgullo...

La princesa le había escuchado con avidez, con la mirada fija en la suya, con la boca cerca de su boca. Cuando acabó de hablar, le estrechó con todas sus fuerzas y se confundió con él. No podía pronunciar ni una sola palabra: su felicidad le ahogaba; su alegría la volvía loca.

Y él sonreía diciéndose: «Dentro de poco, temerá perderme y querrá sujetarme para siempre... La idea del matrimonio ha entrado en su cabeza de mascovita tenaz, de mujer exaltada, y esa idea no saldrá... Se arraigará tanto más, cuanto que yo fingiré rechazarla... Ahora ya, es asunto de pocas semanas.»

LVIII

En el estado en que se hallaban las cosas, el barón de Merieux comprendió que debía impedir á toda costa que la princesa se adornara en medio de su felicidad y de su dulce reposo, que la harían olvidar su proyecto de matrimonio. Conoció también que, como consecuencia de la actitud que había tomado, de su